

comentada viene a ofrecer una visión panorámica de cada uno de los temas tratados, teniendo en cuenta las investigaciones más recientes. Se trata de libros de divulgación adecuados para profesionales de Enseñanza Media, estudiantes de primeros cursos de carrera, opositores o, simplemente, para tener una visión actualizada de los distintos temas. A ese nivel alcanzan sus objetivos. ■ **FERNANDO REIGOSA.**

INTRODUCCION A UN ESTUDIO DE LA CONVI- VENCIA Y DE LA INTOLERAN- CIA

«Creo que no se puede entender España sin el final de la Edad Media, y digo esto porque hay una interacción tan compleja, tanto hostil como simbiótica, entre las comunidades musulmana, judía y cristiana, que todo lo que le sorprende a uno como típicamente español en asuntos intelectuales y artísticos, y una parte de lo que es característico en formas de tenencia de tierras, característico en

actitudes religiosas, característico en la organización política y social, descende de estos siglos de combinación de lucha y simbiosis de la Edad Media. Así que sentí que si pretendía entender España en su conjunto, tenía que estudiar especialmente ese período...»

Fiel a este párrafo de su famoso estudio «La República Española y la Guerra Civil» (1965), **Gabriel Jackson** emprendió años más tarde una Introducción a la España Medieval, editada ahora en España por Alianza Editorial (colección «El libro de bolsillo»), en traducción de Javier Faci Lacasa.

Más que un trabajo exhaustivo de investigación, lo que aquí ha hecho el profesor de California es un libro breve (173 páginas) de divulgación, bueno para la iniciación del neófito o la recordación del olvidadizo. Jackson consigue su intención divulgadora gracias, en primer lugar, a una gran claridad espositiva y al estilo fluido de la narración (sin notas a pie de página), que a veces se impregna de tintes casi novelescos, dicho sea no con ánimo de rebajar la seriedad de sus intenciones, sino de resaltar sus logros en amenidad. El libro lleva catorce ilustraciones, cinco mapas, un cuadro sinóptico con los gobernantes del período (incompleto para la España musulmana a partir del siglo XIII) y una bibliografía seleccionada.

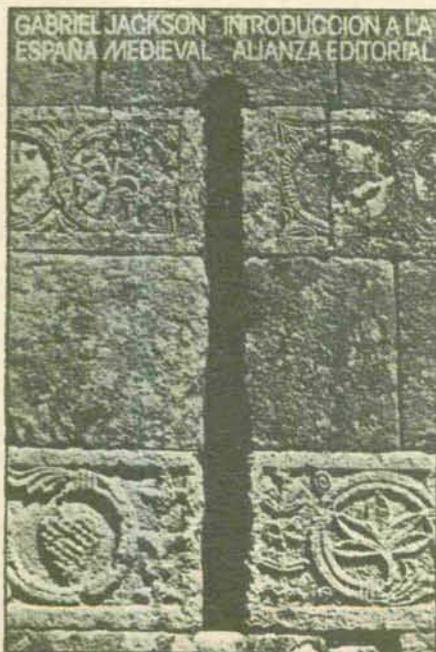
Jackson parece bucear entre el piélago de nuestro Medievo en busca de las raíces de la intolerancia de nuestro hoy. Y acaso le parecen decididas cuando la Castilla del siglo XV tomó partido no por la heredera de Enrique IV, alrededor de la cual se juntaban «los grupos más pluralistas y tolerantes», sino por Isabel que tenía por secuaces a «los más ortodoxo y tradicionalistas». Entre ese final de partida (que casi nunca, sobre todo en los primeros siglos de la llamada Reconquista, llegó a plantearse de manera tan diáfana como tal partida) y el año 711, se extiende el estudio jacksoniano.

Lo primero que sorprende en este tiempo es la rapidez de la conquista musulmana. ¿Cómo menos de veinticinco mil hombres pudieron conquistar (y retener) una península de orografía difícil y más de medio millón de kilómetros cuadrados? ¿Y

cómo, además, pudieron hacerlo en sólo media docena de años? Jackson responde: «La rapidez de la conquista islámica debe de atribuirse principalmente a la desunión de los gobernantes visigodos y a la indiferencia, y aun hostilidad, de la gran masa de la población hispanorromana.» Y el mantenimiento —tan difícil si consideramos que en estricto reparto aritmético cada soldado «invasor» tendría que vigilar más de veinte kilómetros cuadrados— puede explicarse por las mejoras sociales que trajeron los musulmanes. Por ejemplo, en los contratos de aparcería los campesinos pasaron de un régimen de casi esclavitud a uno de libertad, y de tener que entregar entre el 50 y el 80 por 100 de las cosechas a entregar entre el 20 y el 50.

Una y otra vez subraya Jackson esa simbiosis intercultural de los tres pueblos peninsulares: cristianos, judíos y musulmanes. Las conexiones se dieron a todos los niveles y quizá más que ningún otro en el superior. Hubo bodas entre familias gobernantes. Toda, reina madre de Navarra y figura clave entre el 930 y el 970, fue tía abuela del califa cordobés Abderramán. Una de las mujeres de Almanzor era hija de Sancho Garcés II de Navarra. El único hijo varón de Alfonso VI de Castilla nació de su matrimonio con la princesa Zaida, hija del sevillano Motamid... Las relaciones entre cristianos y musulmanes eran muy grandes y la bisagra entre ambas comunidades era, a veces, la rica comunidad judía, que vivió en plena libertad entre los musulmanes hasta la llegada de los fanáticos africanos en el siglo XII, y también entre los cristianos hasta que creció la ola antisemítica, tras las históricas predicaciones de San Vicente Ferrer. De todas formas, ello no impidió que durante mucho tiempo «todos los reyes, las grandes familias nobiliarias, como los Lara y los Haro, los ricos arzobispados y las Ordenes Militares se servían de los judíos como intendentes de sus fondos y de sus inversiones»...

En seis apretados capítulos, Jackson pasa revista a la Edad Media, desde la sorprendente etapa de prosperidad de Al Andalus cuando asombraba a los toscos cristianos por su refinamiento y su inestabilidad política, hasta el año clave de 1492 cuando, con la expulsión de los judíos,



«Castilla contrajo drásticamente sus recursos económicos e intelectuales en el preciso momento en que estaba a punto de convertirse en una potencia mundial»...

Con gran profusión de detalles (desde el nacimiento de la cristalería andaluza hasta el relato de la peste negra de 1348, la misma que inspiró a Boccaccio el «Decamerón», etc...), Jackson muestra el asentamiento ganadero de la Mesta y sus raíces sociopolíticas, el surgimiento comercial de Barcelona, el desarrollo del antisemitismo y la rabia delatora de los conversos, el nacimiento de la literatura medieval, etc. El resultado final es un pequeño volumen de grata lectura, una síntesis que será de mucha utilidad para los estudiantes y servirá de incitación para el conocimiento de los grandes historiadores de nuestra Edad Media. ■

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

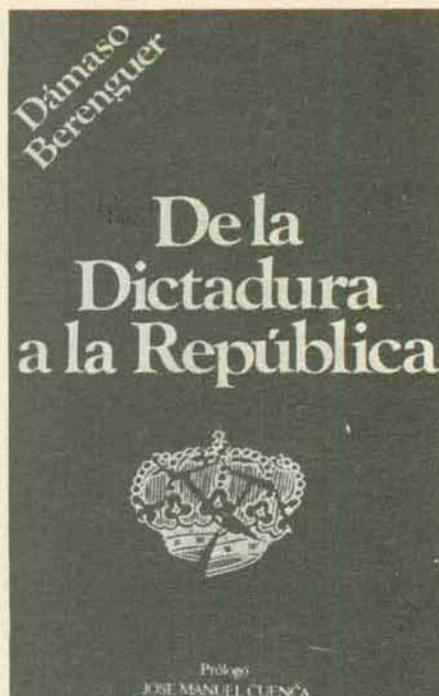
CONFESIONES DE DOS POLITICOS MONARQUICOS

Parece evidente que los políticos que ejercieron su actividad en los años que van de 1930 a 1939 han sentido más tarde la necesidad de escribir sus **Memorias**, unas veces para justificar su actitud ante los hechos, otras para dar testimonio de lo acaecido en estos años, y otras, en fin, para repartir declaraciones de culpa o de inocencia por el trágico final de la experiencia republicana. Tal es el caso de las obras de **Berenguer** y **Ossorio y Gallardo** recientemente reeditadas por ediciones Tebas (1 y 2) y con las que se abre una nueva colección de «Recuerdos y Memorias» destinada a recuperar algunos textos que responden a las características antes mencionadas. Aunque la similitud inicial no puede hacernos olvidar las diferencias entre ambos textos: mientras Berenguer se limita a des-

cribir el año 1930, es decir el período en el que estuvo en el poder, Ossorio escribe unas auténticas «Memorias», que abarcan desde su infancia hasta los años del exilio en Buenos Aires. Al margen de las diferencias, el interés de ambas obras reside fundamentalmente —como señala J. M. Cuenca en el prólogo al libro de Berenguer— en su carácter de testimonios directos, necesarios para comprender los acontecimientos que precedieron a la llegada de la República, y las actitudes de los distintos personajes y sectores políticos ante su aparición.

Berenguer y Ossorio procedían de campos políticos muy semejantes: ambos fueron monárquicos, aunque en un determinado momento sus posiciones se separaron decisivamente. Mientras Ossorio al proclamarse la República se puso a su servicio y ocupó cargos dentro del nuevo régimen, Berenguer se enfrentaría con ella, no sólo por su condición de monárquico sino como resultado de las responsabilidades asumidas al hacerse cargo, un año antes, de un Gobierno que no logró detener el declive de la Monarquía ni impedir el advenimiento del régimen republicano. Por ello resulta de utilidad la comparación de las actitudes de uno y de otro ante la evolución de los acontecimientos.

Berenguer, al que Eduardo Ortega y Gasset llamó en un mitin «dictador-zuelo centroamericano cazado en Cuba», era un militar nato, pero con aspiraciones políticas bien definidas: Fue ministro de la Guerra en 1918 y más tarde jefe de la Casa militar de Alfonso XIII. Al ser uno de los pocos políticos que mantuvo un contacto personal constante con el Rey, no es de extrañar que fuera él precisamente el encargado de superar la difícil situación derivada de la retirada de Primo de Rivera y de la necesidad de restablecer el régimen constitucional anulado durante siete años. Al encargarse de tan ardua tarea —«por lealtad al Rey y a mi Patria», según sus palabras— Berenguer tuvo que enfrentarse no sólo a la oposición republicana y socialista, sino también a los mismos partidos monárquicos que, por cansancio o por falta de organización, no estuvieron a la altura de los proyectos de Berenguer. La falta de apoyo, reflejada incluso en los ataques de la Prensa hasta entonces afecta a la



Monarquía (ataques que «confirmaban lo solos que nos íbamos quedando») dieron al traste con la esperanza de salvar la institución y normalizar la situación política, esperanza que constituía el eje fundamental del programa del gobierno Berenguer. Por eso, la actividad de este gobierno se encontró con sucesivos fracasos, reflejados uno tras otro en el texto de Berenguer. La convocatoria de elecciones para Cortes constituyentes fue recibida con declaraciones abstencionistas, el Partido Socialista y la UGT se enfrentaron progresivamente al Gobierno participando a partir de septiembre en gran número de huelgas, el Ejército ya no se presentaba tampoco como un cuerpo unido y coherente, como demuestran las rebeliones de Jaca y Cuatro Vientos... Pero además, y lo que es más importante, al celebrarse por fin las elecciones, la alternativa era radical: ya no se trataba de elegir entre varios partidos, sino de decidir en favor de la **Monarquía o la República**. Berenguer ya no podía cambiar la marcha de la Historia, ni salvar su responsabilidad ante el país. Pese a ello, se mantuvo en la brecha hasta el final, reclamando la adopción de las medidas más extremas, e incluso defendiendo hasta el último momento la declaración del Estado de Guerra una vez conocidos los resultados electorales. Pero de nuevo estaba sólo, mientras los demás miembros del Gobierno pactaban la transmisión de poderes con el Gobierno revolucionario, Alfonso XIII decidía marcharse del país, y a él

(1) Berenguer, Dámaso: **De la Dictadura a la República**. Ed. Tebas. Madrid 1975. 368 págs.

(2) Ossorio y Gallardo: **Mis memorias**. Ed. Tebas. Madrid 1975. 238 págs.